
LA IZQUIERDA ANTE EL FIN DE SIGLO

Ludolfo Paramio

análisis y debate



I

Hablar de la izquierda ante este fin de siglo, pensando en España y América Latina, supone una toma de partido implícita, ¿Por qué hablar *de la izquierda*? ¿Por qué no hablar simplemente del posible destino común de nuestros países? Querría aclarar, de entrada, que mi toma de partido es bastante pública y explícita, y que espero no sea sectaria. Intento hablar de la izquierda, y desde una concreta posición dentro de esa izquierda, porque creo que esa posición es la más favorable para el futuro de nuestros países desde la perspectiva de la gran mayoría social. Puedo equivocarme, por supuesto (y a mi edad, desgraciadamente, no sería ya la primera vez), pero seguramente también me equivocaría si pretendiera ocultar mis puntos de partida.

Una segunda observación previa: el título de esta intervención podría sugerir que su tema sería la situación de la izquierda iberoamericana ante el fin del siglo *pasado*, y esto sería muy irónico por dos razones. La primera, bastante evidente, es que en 1987 estamos abocados a pensar en el ya muy próximo final de *este* siglo, mientras que el anterior fin de siglo es ya historia pasada: el hecho de que todavía cuente tanto para nosotros seguramente es un nuevo argumento a favor del aforismo de Marx, según el cual la conciencia de las generaciones muertas pesa como una losa de hierro sobre el cerebro de los vivos. Es muy posible que estemos demasiado obsesionados por la herencia del pasado, y que por ello sea preciso, aun al riesgo de dar un salto en el vacío, intentar tratar de imaginar cómo va a ser *este* fin de siglo, el fin de nuestro siglo, a la vista de las tendencias que ya en este mismo momento están en marcha.

La segunda razón por la que me parecería irónico que alguien pudiera interpretar el título de mi intervención como una referencia al fin del siglo pasado es que, paradójicamente, entre estas dos épocas que distan un siglo entre sí parece haber rasgos comunes, situaciones que en cierta forma se están repitiendo. Incluso en lo que se refiere a las coyunturas de Argentina y España, hay un cierto paralelismo en la distancia de un siglo. A finales del siglo XIX el régimen oligárquico, que en España adoptaba la forma de la llamada Restauración, vivía ya una larga agonía, que culminaría en este país con la República y su derrota, y en Argentina con las reformas de Irigoyen. Y ahora, en los años 80 de este siglo, Argentina y España salen trabajosamente del sueño irracional de las dictaduras, de unos largos y difíciles procesos de transición a la democracia, y tratan de enfrentarse a un nuevo siglo desde la perspectiva de la democracia, del consenso, de la solidaridad, de la modernización.

Pero el más paradójico de los paralelismos es el que se refiere a las dos crisis que han marcado el final de los siglos XIX y XX. Entre 1873 y 1890, la Gran Depresión, como se la llamó en su momento, trastornó aquel mundo y creó nuevas condiciones sociales y económicas. Y, curiosamente, aunque ésta sea sin duda una cuestión muy polémica, aquella crisis tiene muchos rasgos en común con la actual larga crisis mundial que comenzó, si creemos a la prensa, en 1973, y en la que aún nos debatimos.

Tras la crisis de los años 30 se llegó a pensar que, por definición, una crisis económica era una recesión provocada por la incapacidad de la sociedad para consumir lo que esa misma sociedad producía: era lo que el marxismo clásico habría llamado una crisis de subconsumo. La sociedad producía demasiado respecto a lo que era capaz de consumir. Después de la segunda guerra mundial, una vez que el Keynes de la *Teoría general* se hubo convertido en la piedra angular de la nueva ortodoxia económica, se generalizó la idea de que nunca volvería a haber crisis, porque Keynes había encontrado la receta para evitar *ese tipo de crisis*. Endeudándose e invirtiendo, el Estado podía, a través de un efecto multiplicador, aumentar el consumo social global y resolver el problema del subconsumo. Y el Estado, después, podía recuperar a través de la fiscalidad, de los impuestos sobre una economía de nuevo próspera, los fondos necesarios para asumir su endeudamiento previo, su déficit presupuestario.

De esta forma era posible mantener la economía en marcha, y asegurar el crecimiento, sin temor a la llegada de nuevas crisis. Se creyó lograda así una completa política anticíclica. Si ustedes recuerdan, en los años 60 tanto los más encarnizados enemigos del capitalismo como sus más acérrimos partidarios creían que

las crisis ya eran cosa del pasado, porque coincidían en ver como modelo de crisis la crisis de los años 30 de este siglo. Pues, y es ésta la gran ironía que quiero subrayar, en 1973 se hizo públicamente notoria una crisis que nada tenía en común con la de los años 30, y que poseía en cambio muchos rasgos estructurales que la asimilaban a esa ya vieja Gran Depresión de 1873-1890. Las dos, en efecto, eran crisis cuyo origen no estaba en el subconsumo, sino en lo que, por volver también a la vieja terminología de Marx, deberíamos llamar una caída de la tasa de ganancia, un derrumbamiento de la tasa de rentabilidad precisamente en las ramas de la economía que había sido, hasta ese momento, el motor, la punta de lanza de la acumulación y el crecimiento en los países centrales del sistema capitalista mundial.

En el siglo pasado, la Gran Depresión tuvo su origen en el agotamiento del ciclo de innovación ligado al carbón y al acero, a la expansión del ferrocarril por la Europa continental, una expansión que corresponde a la ola de prosperidad, de crecimiento capitalista, que se extiende entre 1848 y 1873. En los años 70 decae ya la rentabilidad de las inversiones en la minería del carbón, en la industria siderometalúrgica, en las compañías de ferrocarril, y la competición entre las distintas empresas conduce a una caída general de la tasa de ganancia. La crisis, sin embargo, beneficia a algunas grandes empresas (precisamente las que ganan la competición en sus ramas) y provoca el paso, en el cambio de siglo, del viejo capitalismo de libre competición al capitalismo dual que hoy conocemos, con un sector competitivo y un sector oligopólico. Pero ésa es otra historia.

Lo que interesa subrayar ahora es que quien pagó realmente el precio de la crisis no fue ante todo el capital industrial, que, aunque hubiera de reestructurarse, pudo sobrellevar la crisis a fin de cuentas, ni fueron los trabajadores urbanos, que lograron mantener y finalmente mejorar su nivel de vida a lo largo de la crisis, sino que fueron las rentas agrarias. Se podría decir, simplificando, que la industria pasó las cuentas de sus pérdidas a la propiedad agraria, forzando un rápido abaratamiento de los productos agrícolas, que en buena parte se explica por las importaciones a Europa de alimentos de ultramar, y que permite comprender cómo los trabajadores, en momentos de crisis empresarial, y sin crecimiento salarial, consiguieron primero mantener y luego mejorar su nivel de vida.

Se produjo así la paradoja de que el capital industrial, reestructurado, sobrevivió a la crisis en condiciones de volver a crecer, como lo hizo en el cambio de siglo y hasta la primera guerra mundial, mientras que el mundo campesino, la gran propiedad agraria del siglo XIX, nunca lograron recuperarse de la depresión, nunca volvieron a ser los mismos. Arno Mayer ha ofrecido una polémica pero muy interesante interpretación de la primera guerra mundial como la última convulsión del Antiguo Régimen. No del feudalismo, por supuesto, que seguramente ya había desaparecido de Europa occidental en el siglo XVIII, sino del Antiguo Régimen: un orden social y político en el que la hegemonía correspondía a los grandes propietarios agrarios, a la nobleza terrateniente, y que descansaba sobre un conjunto de valores, como el honor, la cuna y el privilegio, que ya no tenían sentido en el naciente orden industrial que solemos asociar con el modo de producción capitalista.

Pero estos valores, sostiene Mayer, seguían teniendo sentido en un siglo en el que el capitalismo industrial europeo era sólo una cadena de islas en el océano de un mundo agrario, desde luego capitalista en su *modus operandi*, en sus relaciones de producción, pero abrumadoramente dominado por los herederos de la vie-

ja nobleza, por sus valores e intereses. Más aún, en un mundo *gobernado* por ellos, pues las élites políticas, y sobre todo, las militares, estaban mayoritariamente vinculadas por lazos familiares con las grandes familias terratenientes, y el mejor signo de triunfo social, por ejemplo en la España de la Restauración, era para un burgués ser ennoblecido y emparentar con la vieja nobleza de la sangre, aportando en cambio su riqueza de nueva creación a esa clase y a su Estado, que en la forma era una monarquía parlamentaria democrática, pero en la práctica, con un derecho de voto limitado a las clases poseedoras y manipulado por prácticas caciquiles, sólo era el órgano que gestionaba los intereses conjuntos de una oligarquía en la que la nobleza terrateniente reinaba como indiscutible élite hegemónica.

En este contexto es en el que se podría entender la primera guerra como el esfuerzo postrero de la clase terrateniente por reafirmar su posición social, amenazada por la crisis de las rentas agrarias desencadenadas por la Gran Depresión de 1873-1890. El capitalista industrial, cuando quiere aumentar sus ganancias, baja los costes de su producto para abarcar una mayor parte del mercado. El terrateniente que mantiene un modo feudal de ver el mundo, aunque esté inserto en la lógica del capitalismo, tiende a repetir el reflejo del señor feudal cuando caen sus ingresos: invadir las tierras de vecino para hacerse con sus rentas. La reacción a la caída de las rentas agrarias, a finales del siglo XIX, habría sido así ese intento de las grandes monarquías, de los grandes imperios de Europa, de ampliar sus territorios, mediante la guerra, para restaurar la posición de la clase hegemónica terrateniente. La guerra habría sido el último coletazo del dinosaurio feudal, aparentemente muerto desde los siglos XVII-XVIII, pero que aún sobrevivía en la mente de las oligarquías terratenientes, y sobre todo en la mente de los generales que dirigían los ejércitos europeos, hijos menores de las grandes familias terratenientes, que mantenían prácticamente intacta la panoplia de valores heredados del Antiguo Régimen.

Ese sería el paradójico final del siglo XIX: se viene abajo un mundo, el mundo del Antiguo Régimen, mientras que quienes deberían haber sido los primeros afectados por la crisis, los capitalistas industriales, lograban sobrevivir y entraban en el siglo XX en una nueva fase de crecimiento y prosperidad. La otra paradoja, menos obvia pero quizá más significativa si queremos hacer comparaciones entre las dos crisis de finales de siglo, es que, como ya dije antes, los trabajadores también sobrevivieron a la crisis manteniendo su posición social, manteniendo su nivel de ingresos, incluso fortaleciéndose muy considerablemente. La primera gran crisis histórica del revisionismo en la tradición marxista se produjo en la década de 1890, en parte porque Bernstein, uno de los teóricos de la socialdemocracia, había descubierto la tradición fabiana de socialismo reformista en Inglaterra. Pero, también en parte, porque en la profecía revolucionaria de Marx se sostenía que cuando se produjera una nueva crisis económica como la de 1830-1848 las fuerzas obreras estarían en condiciones de hacer la gran revolución: la nueva crisis demostraría hasta qué punto había hecho su tarea el *viejo topo* del ideal revolucionario. Y en la década de 1890 era evidente que esa profecía no se había cumplido, porque los trabajadores habían atravesado una crisis económica mundial sin optar por la solución revolucionaria, siguiendo una doble buena lógica: su nivel de vida se había mantenido e incluso había mejorado al final de la crisis, y sus organizaciones sindicales, sociales y políticas se habían fortalecido, y además muy notablemente, en el mismo período.

Este fue el origen de la crisis del revisionismo, el gran debate dentro de la socialdemocracia alemana, que luego se extendió a todo el ámbito del movimiento

obrero europeo, y también mundial, sobre si tenía sentido mantener la visión heredada de la historia moderna como camino que lleva forzosamente a la revolución social, revolución que dará a luz la nueva sociedad reconciliada y transparente, finalmente sin clases, ya carente de conflictos y de opacidad: la sociedad en que todos los hombres serían hermanos. Esta visión heredada es la que entró en crisis en la década de 1890. La izquierda en España, también en Argentina (donde precisamente está llegando la influencia del socialismo europeo a través de Juan B. Justo), advierte así en el cambio de siglo cuán profunda es la debilidad de las ideas dominantes en ese momento en la izquierda europea.

Me parece interesante recordar esta vieja historia porque hoy, a finales del siglo XX, parece estarse dando una situación análoga, lo que no deja de ser irónico. Estamos atravesando una crisis, crisis que teóricamente afecta sobre todo al capital industrial, pero de la que el capital está logrando resurgir en buena posición, incluso con ventaja en algunas partes del mundo. Y es una crisis que deberían estar soportando, según la teoría, los trabajadores industriales, pero que, en realidad, afecta sobre todo a los trabajadores de baja cualificación, y de edad avanzada, y especialmente a los hijos de asalariados que no pueden encontrar su primer puesto de trabajo, mientras los trabajadores industriales que no han perdido el empleo mantienen un nivel de vida estable o muy mejorado, con la evidente limitación de la necesidad de mantener a los posibles hijos sin empleo.

Así, lo que se está produciendo es una segmentación de la sociedad en general y del conjunto de los trabajadores en particular, dejando fuera del escenario a un tercio de la sociedad condenado a la marginalidad: los trabajadores sin empleo, sus hijos, los jóvenes sin posibilidad de obtener empleo. No se debilita la clase obrera, sino que por decirlo así aparece una nueva clase de desempleados, una clase marginal, una clase que está fuera de la producción, del consumo y del mercado, y que parece devolvernos a los tiempos de las *dos naciones* que Disraeli creía ver en la Inglaterra del siglo pasado, una nación próspera, integrada y feliz, y una nación proletarizada, marginalizada, condenada a la delincuencia y a la amoralidad. En cierta medida hoy se reproduce el esquema: aparece una segunda nación condenada al desempleo o al empleo precario, al empleo marginal, sumergido, y de nuevo coexisten dos mundos en una única sociedad, reaparece la sociedad dual que parecía superada con el Estado asistencial de los años 50 y 60, en los momentos de la gran expansión capitalista de la posguerra.

II

Otra paradójica analogía entre la Gran Depresión del siglo pasado y la crisis actual se refiere a la crisis que ambas han provocado en la izquierda. Antes apunté las causas de la crisis del revisionismo durante la década de 1890. Ahora, pasando a un terreno que nos es más próximo, querría recordar cómo era la izquierda, en España y Argentina, en los años 70, al final de la larga prosperidad capitalista de la posguerra. En España, tras la muerte del general Franco en 1975, comenzó un proceso de transición a la democracia desde una dictadura que había durado casi cuarenta años. Bajo esa dictadura la izquierda se había visto obligada a mantener una tradición de clandestinidad, y esa clandestinidad había marcado fuertemente su pensamiento.

En efecto, las ideas reinantes dentro de la izquierda estaban deformadas por la imposibilidad no ya de tratar de ponerlas en práctica, sino incluso de confrontarlas en un debate abierto con otras ideas. Esto no podía sino conducir al anquilosamiento y al alejamiento de la realidad. Podemos decir que la izquierda española, a comienzos de los años 70, era infinitamente más antigua que la sociedad

española. La sociedad española se había urbanizado, se había industrializado, se había secularizado, las clases medias habían crecido espectacularmente, y las bases sociales tradicionales del anarquismo, que podían haber sido las del comunismo si no hubiera existido la dictadura (algo así pasó en Italia), habían comenzado a desaparecer. En los años 60 se había ido agotando la mano de obra rural, jornalera o campesina, que permanecía tradicionalmente en el campo español en situación de subempleo. La emigración a los países más desarrollados (*a Alemania*, como se solía decir acá), o simplemente a las ciudades en expansión industrial, dentro de España, había ido agotando esa reserva de fuerza de trabajo. Sin embargo, la izquierda seguía en buena parte anclada, ideológica y organizativamente, en las diferentes ramas de la tradición comunista, una tradición que sólo tiene sentido en una sociedad aún muy rural y fijada en visiones milenaristas (religiosas a fin de cuentas) del cambio social.

Por poner un ejemplo familiar en América Latina, la gran discusión de la izquierda española a finales de los años 60, y en algunos casos también en los primeros 70, fue la actualidad de la revolución proletaria o la pospuesta vigencia de la revolución burguesa. El problema era antiguo, y sobre todo incomprensible en una sociedad ya plenamente capitalista, urbana, moderna. Pero, para prever la forma que tomaría la salida del franquismo, la izquierda española seguía recurriendo a la vieja amalgama de la filosofía de la historia de Hegel con el materialismo de la Ilustración escocesa. Ese esquema histórico, finalista, teleológico, que era ya inactual en toda Europa, seguía estando vigente en la tradición comunista española, y, gracias a la hegemonía ideológica de este área política, marcaba al pensamiento de toda la izquierda.

Así, en los años 70, la izquierda seguía discutiendo en España si era posible la superación del franquismo dentro del orden capitalista, o si al final de la dictadura seguiría forzosamente la vía de una ruptura revolucionaria que conduciría al socialismo o a algún tipo de «democracia avanzada», a la manera de la entonces reciente *revolución de los claveles* que había marcado el final de la dictadura portuguesa en abril de 1974. Y en ese caldo de cultivo florecía una tradición izquierdista que apostaba, de la forma más tajante, por una salida revolucionaria, por una hipotética «revolución socialista»: núcleos minoritarios, muy bolchevizados, fueran leninistas, trotskistas o maoístas, núcleos que no arrastraron a nadie cuando debieron competir en unas elecciones libres, pero que eran muy significativos en la clandestinidad.

Y lo que es más, núcleos que desencadenaron una traumática corriente de violencia en la política española que aún marca nuestra vida cotidiana: ETA, dentro del nacionalismo vasco, pero también el FRAP y luego los GRAPO, dentro del maoísmo. No es algo difícil de entender para quienes recuerden la historia argentina de los primeros años 70, el creciente delirio militarista de los Montoneros, el ERP, el PRT, fenómenos que sólo se pueden entender en aquellos tiempos, en aquel contexto en el que seguía estando vigente el guevarismo, crecía la influencia de un trotskismo fascinado por la insurrección armada, y la vida política argentina giraba en torno a un populismo para el que el retorno del líder exiliado tenía tonos próximos a la segunda venida de Cristo.

La transición democrática demostró que los grupúsculos de izquierda no eran capaces de sintonizar con la mayoría de la sociedad española, cuya primera preocupación era olvidar la tragedia de la guerra civil y asentar un orden social en el que la guerra ya no fuera pensable, nunca más pudiera repetirse. La transición

demostró que la única izquierda que tenía sentido en España era una izquierda como la que existía en el resto de Europa, una izquierda que basara su política en la búsqueda de consenso, en las transformaciones apoyadas en una amplia mayoría social, no en la imposición de la voluntad de una minoría. Y la transición demostró también que la sociedad española quería un gobierno moderno, secularizado, capaz de garantizar prestaciones sociales e igualdad de oportunidades, como los gobiernos que la izquierda había sido capaz de formar en Europa desde 1945.

Tanto el fantasma de la España negra, la España decadente y marcada por la intransigencia cerril, la España de la Inquisición, como el fantasma de la España revanchista, reivindicativa, una España que quería volver a resucitar la guerra civil y ajustar cuentas cuarenta años después, los dos fantasmas se disiparon de la noche a la mañana. Se descubrió que la izquierda había vivido durante muchos años hipnotizada por una realidad que ya no existía, y que la sociedad española había avanzado, se había modernizado y había cambiado mucho más de lo que esa izquierda había podido suponer.

En el caso argentino, para establecer comparaciones, debo recordar las obvias reservas que siempre impone el relativo desconocimiento asociado a la distancia, además de la atipicidad de todo proceso político nacional, atipicidad que en la Argentina de los años 70-80 es quizá aún más evidente. Mi propia visión de la realidad argentina procede de los análisis de una serie de autores, para los cuales todo intento de lograr la modernización y el desarrollo de la economía argentina se enfrentaba, desde los años 40, a un problema crucial. Si se intentaba que el motor del desarrollo fuera el mercado interno, siguiendo la estrategia que dio su base social al populismo, era preciso desviar hacia la industria una parte de los excedentes del sector agroexportador. Pero ese tipo de crecimiento, al no conllevar un sector industrial exportador ni tampoco la aparición de un sector nacional de bienes de capital, provocaba desequilibrios comerciales externos (por el mayor volumen de bienes de capital importados), lo que a medio plazo obligaba a favorecer e incentivar de nuevo al sector agroexportador. Eran así inevitables sucesivas oscilaciones entre la prioridad de la exportación y la prioridad del mercado interno, base para el pacto del capital nacional con los trabajadores urbanos y las clases medias.

A esas oscilaciones económicas correspondían además otras oscilaciones políticas: la recurrente inviabilidad del poder civil y el sucesivo regreso al gobierno de las fuerzas armadas, tendencia que culmina con la caída del gobierno peronista, ya muerto Perón, en 1976, y el comienzo del llamado Proceso de Reorganización Nacional, que arrojó, como todos sabemos demasiado bien, el saldo de la ruina económica de Argentina, el descalabro de una guerra catastrófica contra Inglaterra, y el asesinato de miles de personas, en condiciones indecibles, supuestamente en nombre de la guerra contra la subversión. No vamos a profundizar en esta historia dolorosamente familiar: importa más subrayar los determinantes principales de la oscilación entre poder civil y poder militar en la Argentina de la posguerra.

El primero, como ya se ha apuntado, eran los mismos límites del modelo de crecimiento populista basado en el mercado interno. La base social del pacto populista (capital nacional, clase media urbana, trabajadores industriales) se resquebrajaba cada vez que la balanza comercial forzaba de nuevo a dar prioridad al sector agroexportador. Las clases medias oscilaban entre el populismo y el apoyo a la intervención militar, y la oligarquía podía utilizar estas vacilaciones

para crear un bloque social de apoyo a la intervención militar. El segundo determinante era la misma limitación del espectro político, que durante un cuarto de siglo gira en torno a la oferta populista sin presentar una propuesta de renovación y modernización capaz de encontrar un apoyo popular mayoritario.

Sobre estos condicionamientos vino a recaer, agravándolos, la oleada de radicalismo político, de extremismo, que recorrió toda América Latina en los años 60. La influencia de la revolución cubana, la leyenda de Che, la difusión de las ideas y organizaciones trotskistas (nada desdeñable en el caso argentino), se combinan con la llegada del pensamiento izquierdista europeo y norteamericano, que desde el Mayo francés del 68 conoce un auge en los medios universitarios de medio mundo, incluida América Latina. Y ese combinado ideológico penetra en una parte de la juventud de clase media que, en los últimos 60 y primeros 70, comienza a verse sin salidas profesionales, con sus posibilidades de ascenso social bloqueadas por la crisis recurrente. Se crea así un círculo vicioso en el que la frustración de las expectativas de la clase media favorece la radicalización de la juventud, y ésta da origen a una guerrilla que agrava la crisis política y económica de Argentina. Sería gravemente injusto, sin embargo, explicar esa radicalización de los años 70 como fruto de una pura frustración de las expectativas de mejora social de la juventud. Hay que contar también con una enorme componente de generosidad, de capacidad de riesgo, de compromiso social y de apuesta por una Argentina distinta, en la que los *gorilas* no reaparecieran en escena cada equis años. Esa otra componente también estaba ahí, y hay que subrayarlo porque ahora, bajo el impacto de los dramáticos sucesos de 1976-1983, todos tendemos a recordar más los aspectos irracionales y los resultados desastrosos del compromiso con la violencia de un importante sector de la juventud argentina en la primera mitad de los años 70.

Pero también hay que subrayar que los resultados fueron desastrosos: a la suma de todos los condicionantes heredados (crisis política resultado de la incapacidad evidente del gobierno peronista, crisis económica en un marco de corrupción, tradición de inestabilidad del poder civil), a todos esos condicionantes vino a sumarse ahora el terrorismo, la espiral de la violencia radical y su represión por servicios paralelos, primero, y luego por las fuerzas armadas, hasta desembocar en el colapso del gobierno civil, absoluta y universalmente desprestigiado, y en una de las etapas de terror más olvidables de la historia del mundo moderno y de América Latina en particular. Más olvidables por su negrura, pero sólo olvidables si sabemos sacar las lecciones de aquel desastre para que su olvido no deje la puerta abierta a su repetición.

III

Querría terminar entonces apuntando algunas de las posibles lecciones que la izquierda, en España y en Argentina, podría sacar ahora ya, a finales de los años 80 y muy próximo el fin de siglo, de esa serie de transformaciones, desajustes y derrotas que he resumido apresuradamente, incluyendo lo que en el caso argentino sólo puede calificarse como el desastre de toda una generación, destruida físicamente o marcada por la experiencia de unos años infames.

La primera lección que se me ocurre es, precisamente, la de que no tiene ningún sentido mantener la fidelidad a unos principios si no se aprende a cambiar la forma en que se intenta defenderlos y llevarlos a la práctica. No tiene ningún sen-

tido afirmar que se siguen defendiendo la libertad, un mejor reparto de la riqueza, la solidaridad y la igualdad, si se pretende seguirlos defendiendo por vías que han conducido a la derrota, que han mostrado su impotencia ante situaciones imprevistas en el pasado. Si no se es capaz de sacar lecciones de los fracasos, de las derrotas, no se es de izquierda, por mucho que se sigan invocando los mismos valores que se invocaron en el pasado. Una izquierda momificada, paralizada en la repetición de fórmulas rituales, es sólo un cadáver, y los cadáveres no son de derecha ni de izquierda, y sólo sirven para ser enterrados.

¿Como debe aplicar esta lección la izquierda española? En primer lugar, y utilizando una muy feliz expresión de Marshall Berman, debe aprender a leer las señales de la calle, debe ser capaz de interpretar la realidad de cada día y reconocer en ella las grandes direcciones en las que se mueve la vida social. Una izquierda que se encierra en las bibliotecas no es mejor que una izquierda oportunista para la que no existe criterio alguno fuera de las encuestas de intención de voto y las prospecciones del mercado electoral: ninguna de las dos será capaz de cambiar la realidad.

Una izquierda real, una izquierda viva, debe aprender a sintonizar con los sentimientos colectivos, debe ser capaz de ver a tiempo por dónde van los tiros. Eso exige estudios, eso exige sin duda encuestas, pero exige también una sensibilidad social, una apertura a la realidad de la vida civil que a menudo se diría incompatible no sólo con la práctica profesional de la política, sino también con la práctica profesional de la vida intelectual. Al decir esto pienso ante todo en la actual situación española, pero creo que se puede generalizar en cierta medida: si hay algo peor que un político que se encierra en su despacho y en su coche oficial, y pierde de vista la calle, ese algo es el intelectual que se encierra con sus libros y sus colegas académicos y pierde de vista lo que se juega el país tras la opción entre distintas políticas.

La incapacidad de los intelectuales para apostar, esa incapacidad para comprometerse colectivamente por el cambio social, esa necesidad de fingir que están en la vanguardia del compromiso político, cuando en realidad lo han perdido de vista y permanecen encerrados en fórmulas heredadas del pasado, fórmulas que ya no están vigentes, o que incluso son contraproducentes para la consolidación de un régimen democrático o para el avance hacia una sociedad más justa, todo eso tiene algo que ver con la estúpida buena conciencia que marca al intelectual desde su mismo nacimiento como figura histórica en el siglo XVIII. Esa extraña idea de que el intelectual, el filósofo, lo sabe todo de antemano, y solamente es necesario que le escuchen para que la perfecta justicia se haga en la tierra. Nunca considera el intelectual que deba confrontar sus opiniones con las de la mayoría social, bajar a la calle y tratar de ser escuchado entre otras voces. El intelectual sabe que tiene la verdad, y no le preocupa para nada lo que piense la mayoría: si la mayoría no le da la razón (al intelectual), peor para la mayoría, y si la mayoría sigue a un partido que no es del agrado del intelectual, él no se replanteará sus apuestas ni sus gustos, sino que condenará a la mayoría, y desde luego a su gobierno, en nombre de su superior conocimiento.

Al decir esto respiro por mi propia herida, por supuesto. En España es muy evidente que se ha producido una desconexión entre la cultura política heredada de los años 70 y la realidad social de los años 80. La lección que deberíamos sacar es quizá la de que, si queremos seguir defendiendo los principios de libertad, de justicia y reforma, reparto e igualdad, los españoles de izquierda tenemos que ser

capaces de admitir que estamos en una sociedad que no sólo está ya muy lejos de la que Marx conoció, y de la España de la Segunda República, sino también de la sociedad de los años 60. Tenemos que comprender que las apuestas ya no son las mismas, que los grupos que están pagando la crisis no son los trabajadores del sector naval en reconversión, sino el millón y medio de jóvenes que no encuentran su primer empleo, y que no tienen ninguna posibilidad de encontrarlo mientras no aumenten las inversiones en el sector privado (porque el sector público no puede, materialmente, hacer inversiones productivas). Mientras se insista en hacer populismo con los sectores que mejor están sobrellevando la crisis, y se olvide a los tres millones de trabajadores en paro, la mitad de los cuales, insisto, son trabajadores en busca del primer empleo, no tiene ningún sentido decir que se es de izquierda.

Como no se está haciendo política de izquierda cuando se defiende en la propaganda y en los carteles electorales la política feminista, pero a la hora de la verdad se protege el salario masculino y se intenta vetar el acceso de las mujeres al mercado laboral, *en igualdad de condiciones con el hombre*, alegando que eso supone quitarle el pan a un padre de familia. Soy demasiado consciente de que las cosas son más complejas a la hora de la verdad. Una cosa es predicar y otra dar trigo; es mucho más fácil decir estas cosas que llevarlas a la práctica en la política cotidiana. Pero por eso mismo, porque no son cosas fáciles de hacer, debemos al menos tenerlas claras teóricamente: el feminismo no es una retórica compatible con la defensa del puesto de trabajo masculino, la lucha contra el desempleo no pasa por la defensa de una minoría privilegiada de puestos de trabajo no rentables, en empresas públicas ruinosas, mientras un millón y medio de jóvenes buscan empleo.

Debo repetir que seguramente no me expreso con objetividad, como quizá es fácil de advertir, sino con cierta carga de pasión provocada por las polémicas dentro de la izquierda española en los últimos cuatro años. Pero es fácil encontrar paralelismos en la izquierda argentina. Uno de mis grandes consuelos históricos (y este tipo de consuelos empieza a serme muy necesario) es precisamente que algunas de las mejores cabezas de la izquierda argentina, a quienes admiro ya desde hace mucho tiempo, han sabido reflexionar, aprender de las lecciones del pasado y aproximarse a la nueva realidad argentina con gran lucidez, superando el viejo radicalismo de los 60-70 y aprendiendo a leer las señales en la calle de la Argentina de los años 80: uniendo *pasado y presente*.

Yo entiendo (quizá sin objetividad) que la mejor izquierda argentina es la que está haciendo un gran esfuerzo moral e intelectual para descubrir el sentido del actual proyecto de modernización, de reconciliación nacional y de consolidación de la democracia, proyecto que para seguir adelante puede exigir tragos muy amargos, como la *ley de obediencia debida*, pero tragos que deben aceptarse si son el precio a pagar para consolidar la convivencia democrática y la superioridad del poder civil. Pues lograr un país justo no significa lograr que todos los criminales del pasado sean castigados, lo que tampoco devolvería la vida ni la integridad a las víctimas, sino lograr que esos crímenes no vuelvan a repetirse: nunca más.

Y en todo caso yo me identifico con esa apuesta por la modernización, por la reconciliación nacional, por la creación de una sociedad que nunca más deba convivir con la continua amenaza del golpe, ni aceptar la fatalidad del empate catastrófico como norma del juego político. Yo me identifico con la búsqueda de

una sociedad que defienda realmente los derechos humanos y no confunda la garantía de los derechos humanos en el presente y el futuro con la condena efectiva de todos los responsables de su violación en el pasado. Yo apuesto por una izquierda que sea capaz de hacer en Argentina, en un plazo muy breve, lo que la izquierda pudo hacer más fácilmente en España, con la ventaja de casi cuarenta años de olvido: lograr una amnistía colectiva y profunda, darse una posibilidad de refundación nacional, de empezar de nuevo para tratar de lograr, esta vez sí, las largamente defraudadas promesas de futuro de aquel país.

Podemos decir entonces que, de cara al fin de siglo, no es seguro que todos, toda la izquierda, hayamos aprendido lo mismo, pero las lecciones están ahí, y me parece que hay buenas razones para ser optimistas si consideramos que no todo el mundo ha ignorado esas lecciones, que hay gente acá y allá que ha sabido ver que el nombre y el contenido del socialismo se mantienen, pero que las formas concretas que debe adoptar la apuesta por el socialismo, por la modernidad, por el progreso, por la solidaridad, la justicia y el reparto, esas formas sí han variado, y pueden haber variado no sólo en los medios de actuación política sino también en las siglas, partidos y banderas con los que la izquierda debe reconocerse.

El presente texto corresponde a la conferencia pronunciada en el Colegio Mayor Argentino Nuestra Señora de Luján, de Madrid, con motivo de la clausura del año académico, el día 17 de junio de 1987.
